

# Salud y ambigüedad

*La abeja y el hombre ven mundos diversos,  
pero todos son verdad (J. Ortega y Gasset)*

FRANCISCO ALBERTOS CONSTAN

¿Qué es más importante en asuntos de salud? ¿el espectacular quirófano de nuestros días? ¿el progreso cada vez más audaz de la quimiofarmacia? ¿la tarea cotidiana del médico ordinario? ¿la tecnología? ¿el respetuoso cuidado del cuerpo con técnicas lo más naturales posible? ¿la consideración de un modelo humanístico que pone a la persona como protagonista principal? ¿hasta dónde y cómo hay que obedecer al médico? ¿cómo relacionarse con él de una manera no paternalista y sin embargo respetuosa? ¿y con la medicina? ¿qué papel debe tener todo esto en nuestra vida?

¿Cuál es el objeto de la medicina? ¿la enfermedad? ¿el enfermo? ¿el hombre enfermo? ¿Cuáles son los rasgos generales imprescindibles a que atenerse en relación con la medicina y el saber? ¿Por qué enfermamos? ¿Qué es enfermar? ¿Qué se rompe, estropea o destruye dentro cuando enfermamos? ¿Cómo se puede llegar al desequilibrio? ¿Qué métodos se pueden emplear para lograr el reequilibrio? ¿Cuáles de entre éstos son válidos? ¿Cuáles desechables por peligrosos?

¿Puede acercarse cualquiera al funcionamiento de la máquina del cuerpo sin esfuerzo mental, sin aburrirse o humillarse ante su complejidad? ¿cómo? ¿de la mano de quién? ¿Cómo puedo saber lo necesario para no cometer erro-

res en la administración de este negocio principal que es la salud? ¿Qué es la evolución? ¿qué sentido tiene esta idea en la meditación sobre la vida? El hombre y el medio, ¿pueden ser objeto de consideración por separado? ¿Qué es la adaptación? ¿qué problemas plantea? ¿se puede vivir sin depender de un permanente proceso de adaptación? ¿no será en el fondo la dinámica del enfermar un intento del organismo de adaptarse a un nuevo equilibrio? ¿No son los síntomas precisamente la prueba de ese intento de readaptación?

¿Tiene sentido la lucha por mantener la salud y optimizar el rendimiento? ¿Qué precio tiene? ¿Se puede mejorar algo en nuestra vida, en nuestro modo de comer, en nuestro modo de hacer ejercicio, en nuestro modo de pensar, para conseguir estar más sanos y optimizar nuestro rendimiento? ¿Qué debemos saber, en líneas generales, para no perjudicar nuestra salud? ¿y para suscitarla? ¿nos lo enseñan suficientemente en la escuela? ¿y en la enseñanza superior? ¿y en los programas y campañas sanitarias estatales? ¿y en los medios audiovisuales modernos?

¿La salud es solamente una cuestión médica o médico-veterinaria? En todo caso, ¿cuál es la problemática médica del urbanícola? ¿Qué representan la contaminación, la marginación social, el

rabioso estrés de la lucha por la supervivencia, la frustración del modesto o el indigente en medio de la opulencia? ¿A qué puede llamarse deshumanización? ¿es únicamente un problema socioeconómico, de triunfo del capitalismo? ¿es meramente un conflicto entre lo que exhiben algunos congéneres como patrón de vida y lo que a la mayoría le es dado alcanzar? ¿es, además y sobre todo, un problema de desarrollo espiritual insuficiente? En suma, ¿hay un derecho y un deber a la salud? Y si lo hay, ¿qué, quién, dónde, cómo y cuánto se conculca ese derecho?

Todo el mundo ha desarrollado en nuestros días una gran sensibilidad a los problemas de salud en tanto que administración de cuidados del cuerpo. La preocupación por estos temas es un hecho de gran trascendencia económica, sociológica y cultural. ¿Por qué esto es así? ¿Cómo es posible que en la época del triunfo de la medicina sobre tantas dolencias, en la era de los trasplantes, los antibióticos, las vitaminas y la genética, millones y millones de personas, hoy más que nunca, parecen sentirse mal y estar preocupados, inseguros y hasta pesimistas en estas cuestiones? ¿No será que la salud "es algo más" que la preservación del cuerpo dentro de unas cifras en los tests de sangre y orina y por ello se intuye la insuficiencia de los actuales planteamientos, meramente biologicistas, en los que, por ejemplo, se supone que puede curarse a un enfermo prácticamente sin hablar con él, ateniéndonos a los datos generales de sus síntomas y las pruebas complementarias de rayos X y laboratorio?

Hay que distinguir lo que es fundamental de lo que parece accesorio en este problema. La mayoría de personas vivimos constantemente fuera de nosotros mismos, afanados en preocupaciones espurias en vez de saber bien qué es lo verdaderamente importante y cuál es su precio. Lo verdaderamente importante es el enfoque existencial de nuestro actual modelo de vida. Con frecuencia se nos hace creer que la posesión de un automóvil, la práctica regular de viajes

turísticos o el vestir y aparentar como las estrellas de los "stops" publicitarios de TV es lo más importante. Desconocemos qué tipo de carencias nos amenazan realmente, qué necesidades lo son de manera insoslayable, qué deseos profundos nos mantienen erguidos. ¿Cómo vamos a saber buscar, reclamar o suscitar salud en nuestros comportamientos, si ni siquiera sabemos qué cosa sea la salud profundamente entendida?

Actualmente las condiciones de vida del ciudadano medio han cambiado radicalmente; vive, enferma y muere de manera muy diferente a como lo hacía en el pasado. Más que vivir la vida *desde sí mismo*, ha aprendido a *vivir para*, a alienarse en proyectos que no son realmente suyos, que no puede controlar y en los que su papel es casi siempre de comparsa. Al mismo tiempo, el grado de información por parte del enfermo y la facilidad de acceso a la misma en todos los aspectos es muy diferente que antaño.

Ya no comemos, trabajamos o sentimos como antes, ni nos hacemos atender por el médico como antes, ni morimos como antes, ni el "volumen de negocio" porcentual —traducido en una constelación de intereses sociales, políticos y económicos— que maneja el mundo sanitario en un determinado país es como antes. Médico y enfermo han dejado de estar limpios en su respectivo papel; arrastran problemas psicológicos, laborales, económicos, sociológicos, jurídicos, técnicos y metodológicos que alejan al acto médico de lo que siempre fue de manera exclusiva y excluyente: una ayuda cualificada al hombre sufriendo en sus dificultades, en sus miedos, en su dolor.

Como sucede con la aviación o la informática, la medicina se ha tecnologizado en grado superlativo y su creciente «respetabilidad científica» desplaza y arrincona en la conciencia colectiva aquellos otros aspectos meramente emocionales, espirituales y psicológicos de la cuestión. El problema de la salud se ha convertido en una actividad compleja y el hombre individual

ha sido distanciado y alienado progresivamente del proceso sanitario, tanto en sus aspectos meramente culturales y humanísticos como en los biológicos, alimentarios, etc., hasta el punto de que hoy ya no decide sobre casi nada a este respecto, ni controla apenas nada, ni en lo personal se supone que podría optar por ésta o la otra modalidad de atención médica o de alimentación, fuera de las que se le ofertan ordinariamente, fraguadas en centros de poder colectivos.

Por otra parte, los modelos de vida de nuestros antepasados han quedado obsoletos en lo que se refiere a las aspiraciones del ciudadano medio, a su grado de estrés laboral y social, al patrón alimentario que adopta y a los índices de contaminación y riesgo que tiene que soportar. Junto a la seguridad que le proporcionan los modernos recursos médicos, el hombre de nuestros días «sabe» que en cualquier momento algo en su interior puede romperse, comenzar a marchar mal e interrumpir gravemente su espontáneo caminar. Culpamos de ello al estrés excesivo, tabaco, abuso de estimulantes, inadecuada alimentación y falta -o abuso- de ejercicio, pero difícilmente nos vamos a parar a pensar en las causas profundas de esas «causas». La posible evolución del hombre hacia la armonía, la serenidad y la luz no se considera parte de esa problemática.

El secuestro de la conciencia, su escisión en reinos de Taifas, su alienación, su vinculación a aspectos puramente racionales -o lo contrario- es, al mismo tiempo, el secuestro de la salud. Como no hay jinete sin caballo, ni ciclista sin bicicleta, no hay salud sin conciencia. Ni conciencia sin compromiso con lo real. Ni realidad sin compromiso con una conciencia. Estar sano es, ante todo, tener una conciencia armónica, limpia de todo negativismo o intransigencia, sensible, equilibrada, bien dispuesta. Como nos enseñan los maestros y filósofos orientales, la verdadera sabiduría está siempre al filo mismo de la inacción. El compromiso «lógico» o «racional» no tiene por qué ser, en sí mismo, saludable; puede resultar un artefacto, un instrumento forjado por un esta-

do transitorio de conciencia para manejar hechos o situaciones, así mismo transitorias y de importancia secundaria.

Es saludable lo que permite permanecer abiertos a nuestro espontáneo desenvolvimiento, lo que sostiene el flujo de los diferentes aspectos de nuestra vida interior. El problema está, precisamente, en el flujo, en el dinamismo. No permanecemos inmóviles o estáticos. En el irrenunciable compromiso con nuestros cambios internos y externos, atravesamos situaciones oscilantes incesantemente. Sin descansar una sola fracción de segundo, en cualquier situación de nuestra vida venimos *de* y caminamos *hacia*. Si bien se piensa, en definitiva lo que importa es la orientación de nuestros dinamos, el compromiso integrador que nuestra conciencia tome con nuestro sistema de vida, nuestro régimen de comidas, nuestras ambiciones y planes existenciales.

En tanto que miembro de un grupo las condiciones de vida del ciudadano medio se han endurecido; la ciudad, para él, al tiempo que superpoblada de millones de miembros equivalentes, se ha desertizado. De la misma manera que nunca podría permitirse dejar de respirar más allá de dos minutos, en un número creciente de asuntos mundanos sus respuestas no admiten absolutamente ninguna libertad. Es un eslabón más en la cadena de propósitos del Sistema y lo sabe. De manera imperceptiblemente creciente, en cada cosa que compra ha de pagar la voracidad del Sistema, el cual no da señales claras de saber exactamente adónde se dirige. En el último siglo y medio le han salido demasiados acreedores al urbanícola.

El valor objetivo de la persona individual ha descendido relativamente. Puede llegarle una mala noticia, una crisis aguda de salud y, si se dispone en la calle de la gran ciudad a plena luz del día, puede suceder que nadie se pare a socorrerle. Y si le transportan en una ambulancia, puede «tocarle» tener que esperar varias horas en un pasillo del hospital, sobre su camilla, esperando ser

recibido por no se sabe qué ni quién. De entrada, aparentemente, una vida en la gran urbe ya no vale tanto como antaño. Depende siempre de la situación que ocupe el sujeto en la pirámide social, de las personas que dependen de ella en la lucha de cada día y, en definitiva, de su anterior manera de vivir; pero ahora, de todos modos, tal dependencia es menor, tiene menos importancia.

Empobrecido en cuanto a valores esenciales y sentimientos, posee más cosas, más comodidades incluso que poseyeron jamás sus antepasados en el viejo hogar aldeano, pero, en general, se siente menos querido, menos necesitado y apreciado en tanto que ser irreplicable y único que en todo caso es. Las cosas han cambiado (si muere, por ejemplo, de accidente de tráfico en un fin de semana o de un infarto por disgustos económicos, esta muerte «es más lógica», menos dramáticamente sorprendente que de cualquier otra manera). En sus apresuramientos, mecanicidad y alienación podemos intuir la insignificancia de su entierro.

En definitiva, cualquier ciudadano sabe que el próximo fin de semana van a morir cincuenta personas que en su mayoría habían salido de casa a comer una tortilla en el campo o algo parecido y el tráfico segará sus vidas; la estadística atribuye nueve decesos por tráfico a cada día que pasa. Pero él no puede hacer nada; se supone que son asuntos propios del Sistema. En la complejidad de sus motivaciones, el tráfico -y los automóviles, las fábricas, la industria, etc.- no corresponden a la sensibilidad y capacidad de decisión de un individuo aislado. Se movilizará -con razón- un ejército para localizar a un terrorista, pero los cincuenta muertos del próximo fin de semana no merecen apenas sino algunos tibios consejos de la Dirección General de Tráfico. Como las ovejas de Panurgo o las ratitas del flautista de Hameln, se mueve y baila a otro son que no es el suyo.

Han crecido espectacularmente la tecnología médica y los recursos para aten-

der -en casi todos los supuestos técnicos- a todo el mundo, incluidas las capas humildes de la población, antes olvidadas. Pero difícilmente encontraremos a alguien que no eche de menos el viejo sistema sanitario del médico de cabecera, los cuidados domésticos, la *personalización*, en suma, en las crisis de salud. Hoy todo el mundo viaja, disfruta de vacaciones y de prestaciones y ayudas sociales inconcebibles hace muy pocas décadas. Pero, curiosamente, todos pensamos -y sobre todo, sentimos- que han debido haber otras épocas más felices para el hombre, armónicas, acordes con su naturaleza, sus sueños, su esperanza.

En nuestros días, por su generalización e intensidad, los sentimientos de insatisfacción, inseguridad o inestabilidad se han convertido en un signo general de la existencia. Como el avaro que muere de infarto entre montones de monedas de oro, el hombre de hoy, mimado por las vitaminas, los antibióticos, el quirófano y los viajes del INSERSO, supuestamente protegido por la supertecnología, vive sin embargo angustiado -psicológicamente «moribundo»- a causa del estrés por la dudosa calidad de la comida, el trabajo, el estatus social, las relaciones amistosas y familiares. Y se sabe, además, estadísticamente amenazado por el cáncer, la diabetes, el infarto o cualquier otra enfermedad degenerativa. Sabe que vale muy poco, en definitiva.

El valor de la vida humana individual (algo similar a la Razón Vital, de Ortega), desplazado por la Razón Económica, la Razón Social, la Razón Política y muchas otras razones, está en estos finales de siglo XX en un nivel de muy baja cotización. Como individuos, tenemos razón para sospechar que valemus muy poco -¡no digamos nada a partir de la posibilidad técnica de nuestra clonación!-, pese a que podemos reconocernos como formando parte de un rebaño bien alimentado y cuidado desde un punto de vista meramente veterinario. No podemos estar seguros de que los cuidadores del rebaño *nos quieran a nosotros precisamente por lo que somos*

como personas individuales. Nos damos cuenta de que, a lo mejor, la comida buena para aumentar el peso del rebaño puede ser, en cambio, mala para cada uno de nosotros desde otros puntos de vista más abarcadores y ambiciosos acerca de lo que se entiende por "salud".

La salud es un asunto delicado, difícil de definir, que se ensancha y profundiza con cada nueva época y con el nivel de conocimientos y sensibilidad de cada individuo en los diferentes momentos evolutivos de su existencia. Con la aparición de nuevos conocimientos y nuevos sueños surgen nuevas necesidades para nuestro vivir. Se reclama, por lo tanto, cada vez más atención y adquisición de sutiles conocimientos para cada vez más gente. Cada periódico de gran tirada dedica unas páginas de salud a sus lectores semanalmente. Por ejemplo, la lucha contra el tabaquismo se abre paso progresivamente y el concepto de contaminación ambiental está ya en la Escuela. Proliferan los restaurantes de «comida sana», «biológica», «macrobiótica», etc.

El movimiento ecológico enardece a la opinión al denunciar dramáticamente el abuso de los cultivos artificiales, el empleo a mansalva de insecticidas, herbicidas, pesticidas que arruinan las tierras de cultivo y la salubridad de los alimentos. Hay un claro abuso de productos conservantes derivado de las necesidades que plantea la comercialización de los alimentos. El valor dietético de éstos es cada vez más escaso. Apenas se puede vivir en la gran urbe sin un programa constante -y dudosamente inflacionario- de vitaminas y principios inmediatos.

Como una mancha de aceite, se extiende cada vez más la evidencia de que el tipo de alimentación moderna, inspirada en el modelo de los EEUU y basada en los precocinados y las conservas, conduce en pocos años a la obesidad, la diabetes, la arteriosclerosis, el infarto y otras dolencias degenerativas. La preocupación por las condiciones de nuestra salud es creciente; se está convirtiendo en una «moda» que va más allá de la

simple curiosidad intelectual o el hábil y astuto desarrollo de una gestión o táctica peculiar para seleccionar, por ejemplo, «comida sana». Sabemos que nos va en esta nueva sensibilidad la posibilidad de supervivencia.

El hombre individual de nuestro tiempo ha sido arrojado del Paraíso. Es decir, de una ingenua y blanda seguridad en que se respetaban sus necesidades en cuanto al cuerpo y la salud por encima de todo otro propósito. Ya no cree estar en el centro de las preocupaciones de la Civilización, sino que se ha convertido en víctima propiciatoria de los intereses y la explotación comercial de los grandes trust que dominan la sociedad de consumo, la cual, en el mejor de los casos (Europa, Norteamérica) consigue tener a sus individuos gordos, pero no felices. Por experiencia, toda persona sensata sabe que las «razones» de la economía de mercado son siempre dudosas.

Es preciso asumir que cuando un hombre se pone enfermo, en última instancia es la cultura misma en la que ha nacido la que enferma. La enfermedad es un hecho cultural trascendente y no un mero descalabro biológico individual. La pretensión simplista de que la medicina y la salud sean asuntos de contenido meramente técnico, «para especialistas», es un agravio a la Cultura y al Espíritu, y un expolio al hombre medio, cuya única oportunidad de libertad -por tanto de dignidad- está en el conocimiento y en el desarrollo espiritual. Estos talleres mecánicos en los que se imparten servicios pretendidamente sanitarios son como la música de «bacalao»: poseen ritmo únicamente, pero no melodía.

Quizá piensen algunos que la única posibilidad que tiene el Estado de la sociedad de masas de impartir ayuda sistemática en los problemas de salud pasa por esta uniformización y simplificación. En general, esto es bueno e incluso necesario para elaborar un Plan de Carreteras, controlar las Aduanas o tal vez administrar el Patrimonio histórico-artístico. Pero un hombre es siempre algo más; la complejidad de su esencia,

de sus sentimientos, reclaman valores espirituales, reconocimiento e interacciones de significado humano en la tarea de ayudarlo cuando está atrapado en la enfermedad o el dolor. No sólo ritmo, sino también y sobre todo melodía.

Como en tantos otros aspectos de nuestra vida social, para simplificar el proceso de ayuda sanitaria se estimula al ciudadano a que delegue, a que confíe su cuerpo al hospital o al especialista sin más, como hace con su automóvil en el taller de reparaciones. Ahora bien, la salud es un bien esencial y con los bienes esenciales no se puede adoptar el mismo estilo administrativo que con los planes de carreteras. La uniformidad es buena cuando está indicada, pero no en toda circunstancia. La idea pretendidamente democrática de que, *como todos «todos somos iguales», nuestras mentes y cuerpos también lo son e igualmente las situaciones por las que atravesamos*, en medicina y en asuntos de salud es una catástrofe. Es la ruina misma del proceso científico, del humanismo y hasta de la verdad como posibilidad más o menos circunstancial.

La salud -como la democracia, la libertad, la justicia, la paz, el saber o la belleza- es más que una esencia sustantiva: es un camino; y un camino, además, para el hombre concreto, para cada hombre individual..., o no es nada. Un peregrinaje en cuyo equipaje vamos a encontrar otros contenidos indisolublemente ligados a ella. No se pueden impartir caminos mediante la presentación de la correspondiente cartilla de la seguridad social. Un camino para el hombre es una instancia y posibilidad de aprendizaje y descubrimiento continuos, al margen de cualesquiera otro derecho. Y la investigación -toda búsqueda- entraña una tácita aceptación: la de que aquello sobre lo que investigamos es un campo abierto, una estructura progrediente, aún no acabada o cerrada en sí misma.

La sobreentendida obligación de crear un catálogo de enfermedades («objetos» sustantivos en el campo médico

ordinario) que coincidan con los datos de laboratorio y radiología y permitan ser manipuladas y almacenadas por médicos, enfermeras y hasta administradores de los hospitales, es lógica y perfectamente previsible en los manejos del sistema positivista. Pero implica la supuesta -e inadmisible- aceptación de que la salud consiste exclusivamente en no padecer ningún síntoma que nos haga tributarios de alguna de esas enfermedades «de la lista».

Cuando un hombre dice «estoy mal» o «no estoy bien», hay en juego todo un universo de cambios metabólicos, situaciones dinámicas, sentimientos, ideas, dinamismos espirituales, que no deberían ser cuestionados o conculcados en su posible abordaje y resolución por el simple hecho de corresponder o no a «la lista» oficial de enfermedades catalogadas por la Administración. En la práctica de cada día se demuestra, además, que esa «lista» es siempre insuficiente y que con una frecuencia escandalosa la medicina oficial resulta igualmente insuficiente para una mayoría creciente de población.

Inevitablemente, se crea desde esta perspectiva la falsa convicción de que cuantos más medicamentos figuren en el baremo a recetar por el médico de la Seguridad Social, mucho mejor... sin pensar para nada en la posible validez real y/o peligro potencial de esos medicamentos autorizados y catalogados. Al parecer, el recurso primordial para que un médico ayude al enfermo es el medicamento: cuanto más potente farmacológicamente, mejor. Y los asegurados, recelosos siempre de ser defraudados en sus derechos, reclaman airada y escandalosamente una lista lo más amplia posible de medicamentos disponibles, cuanto más caros, mejor.

Los tres minutos de que únicamente dispone ahora el médico para ver a sus pacientes de ambulatorio, en cambio, no horrorizan a nadie ni estimulan la huelga o la protesta de nadie. En esa óptica, la atención a toda diferencia o peculiaridad se reconoce como algo inalcanzable, co-

mo un lujo o, lo que es peor: como falsa, injusta e innecesaria. Por lo visto, sólo es verdad lo que la estadística nos ha presentado de antemano como cierto. Al parecer, sólo así se puede manejar económica y políticamente desde el Estado ese rebaño de millones de ovejas que es la población asistencial de un país.

Pero un hombre, además de «todo lo demás», es un remanso de cultura, una memoria histórica estructurada y viva, un sistema de información cuya capacidad y sensibilidad varían constantemente al igual que las condiciones del medio. Su circunstancialidad nunca es meramente gregaria -como, por ejemplo, puede entenderse la del perro o la de cualquier otro animal-, sino que influyen decisivamente en su individualidad los sistemas de vigencia sociales, el estilo de su alimentación, los valores que incorpora a lo largo de su vivir y que muchas veces son fruto de centenares de miles de años de evolución cultural o de avatares y crisis históricas en las que participaron miles de millones de personas. Cuando está enfermo, precisa que le ayude otro hombre que sea solidario, *que ejerza de hombre* -no, por tanto, de mero técnico «especialista»- y que le ayude, alivie, consuele y dé confianza lo más sincera, amistosa y entrañablemente posible.

La enfermedad no es únicamente un proceso biológico: es un hecho cultural trascendente y, por tanto, un motivo de crecimiento espiritual. Si un sistema de salud no puede verlo así y atender materialmente estas necesidades profundas del ser humano -de todo ser humano- puede, al menos, aceptar que existen y dar la opción a los usuarios de que ellos mismos las busquen allí donde puedan encontrarlas, aunque ello les suponga una responsabilidad económica personal añadida. Todo es negociable si se ésta de acuerdo en la existencia del problema concreto.

Si el Seguro de Enfermedad no puede atender singularidades -no puede, por ejemplo, considerar con la adecuada finura y eficacia los problemas que el

naturismo, la homeopatía, el psicoanálisis y otras medicinas abordan y resuelven con una individualizada atención a cada individuo en cada caso concreto- puede, al menos, considerar que existen realmente estas necesidades y con el tiempo intentar satisfacerlas o, cuando menos, facilitar a los afectados el posible camino de su satisfacción, tanto desde el punto de vista clínico, conceptual y cultural, como en forma de ayudas parciales de la factura profesional correspondiente si llegara el caso.

Está bastante claro: el sistema «oficial» está basado en la idea de que los problemas de salud son meramente técnicos y el ciudadano tiene que delegar en un sistema y unos profesionales cualificados, sin otra colaboración por su parte que la disciplina y la obediencia.

Hay que delegar, sí, pero no de cualquier manera, no en cualquier funcionario que nos designe la Administración: ésta es, precisamente, la ambigüedad del enfoque habitual u ordinario. La salud -ya lo hemos dicho- es un camino, una constante reflexión sobre la propia vida y sobre la adecuación que a este respecto tiene nuestra actual existencia. De la misma forma que el adagio popular nos enseña acerca de no deber entrar «en la intimidad del bolsillo de nadie», no deberíamos tener derecho -ni siquiera el Estado- a meter nuestras narices en el templo privado de la salud de nadie. Todo hombre debería poder ejercitar su derecho a ser atendido en su enfermedad y en su muerte precisamente por el hombre y sistema que él elija consciente y libremente.

Los dirigentes políticos y controladores de opinión tienen que aprender antes o después que, sin degradarse primero, hay cosas que un hombre no puede delegar -o al menos, no totalmente-. No se puede vivir en la ignorancia, sin capacidad de elección, sin una concepción de lo que es el cuerpo, la salud y la propia vida. Es evidente que necesitamos orientarnos y tener una clara noción de lo que hay que hacer respecto a estos asuntos. En el proceso de escola-

rización, el Sistema debería hacer un esfuerzo educativo respecto a la salud comparable al que ya hace para enseñar física o matemáticas. Pero nuestra civilización prueba hasta la saciedad que la Medicina, el Cuerpo y la Salud son algo ajeno al conocimiento crítico -que es el verdadero conocimiento- del hombre medio de nuestro tiempo. Como decimos, se ha convertido en «algo a delegar», como también lo es la Cosa Pública, el Derecho, la Filosofía y tantos otros e importantes asuntos.

El conocimiento del organismo así como una idea sobre la salud, la enfermedad, la medicina, los médicos y lo que hay que hacer cuando uno está mal o se siente enfermo, son asuntos fundamentales que ningún hombre debe eludir. Si los evita -como habitualmente sucede-, si por ejemplo los ponemos frente a él en su pantalla de televisión y apaga o busca otro canal, es porque no hemos logrado el lenguaje adecuado para poder interesarle. Porque, objetivamente, en Televisión le debería interesar mucho menos saber si dos novios -que él ni siquiera ha conocido ni le son próximos en ningún aspecto- se van a reconciliar tras la pelea sentimental que mantuvieron el mes pasado o ver cómo se hacen crucigramas en concursos o juegan unas personas más o menos conocidas al viejísimo juego de las adivinanzas o las prenda.

Seguramente, parte de culpa de este aparentemente desinterés lo tenemos los médicos, farmacéuticos y trabajadores de la salud, al expresarnos con un metalenguaje críptico, incomprensible, que bloquea los mecanismos de fácil atención o interés de aquellas personas «corrientes», que son la mayoría y que no están en el ajo de nuestra jerga lingüística. Igualmente, hay algo de antipedagogía en el empeñamiento en explicar todo con mensajes ansiógenos, dramatización, manejo paternalista y autoritario de los innumerables peligros que hay detrás de cada comportamiento, etc.. No digamos nada del efecto bloqueante que producen ciertas ideas y movimientos doctrinarios que intentan echar por tie-

rra las convicciones y vigencias sociales espontáneas que habitualmente se tienen acerca de estos temas.

Pero la responsabilidad principal recae sin la menor duda en los controladores de opinión, que son los verdaderos dueños del poder. Al hombre se le despoja de una verdadera cultura del cuerpo y la salud porque, en el fondo, se piensa que no se podrían atender después sus exigencias de atenciones, una vez suprimido el sistema gregario y tecnologizado y reconvertida la relación de médico-paciente en una pura relación artesanal, sin esquemas prefijados de tiempo o de recursos. Porque, además -debe pensar la Administración-, si ese nuevo modelo atentase contra el consumo masivo de medicamentos, ¿cómo soportar este desorden? ¿qué iba a ser de nosotros? ¿cómo se iba a sostener el sistema económico de la industria farmacéutica (importante capítulo del producto nacional bruto)? ¿cómo vaciar los bolsillos que ahora se llenan regularmente y poner en peligro impuestos y puestos de trabajo? ¿adónde iría a parar la Bolsa? -se dirá, seguramente-?

Pensamos nosotros que la salud como camino y como bien inalienable del ser humano individual está secuestrada en el actual momento de nuestra civilización. Y como siempre, el secuestro de algo está basado y pervive gracias a la ignorancia -por parte de quienes han sido robados- del paradero e identidad de los secuestrados. El principal soporte de todo este secuestro es y será siempre la ignorancia. Y, en consecuencia, el arma principal para combatirlo es el conocimiento, la reflexión, el compromiso con una praxis cada vez más iluminada, individualizada y opuesta a todo gregarismo autoritario o paternalista.

La salud es un bien esencial, atributo inseparable de cualquier modelo de vida, inherente a toda idea de disfrute y aprovechamiento óptimo de nuestras potencialidades. Por eso, debe formar parte de cualquier repertorio de derechos esenciales de la persona, por muy reducida que queramos hacer la lista de estos derechos.

